

El amor no es redención

Cuentos

JOSÉ LIBARDO PORRAS
Eafit, Medellín, 2019, 160 pp.

MÁS ALLÁ de que un cuento sea largo o corto debe primar ante todo una propuesta estética. O lo que denomina Eva Valcárcel como “intencionalidad artística”. Para ella el cuento literario “posee un estatuto artístico con leyes internas”. No se le exige necesariamente que tenga tensión o que resuelva los conflictos planteados en un inicio. Muchos buenos cuentos dejan estupor más que resolución. En esto también concuerdan autores que han reflexionado sobre el género, como el chileno Jorge Edwards. Pero detrás de ese estupor hay una propuesta de parte del autor, un universo propio. Y en algunos de los cuentos de esta compilación del escritor antioqueño José Libardo Porras no logro encontrar esa propuesta estética.

El volumen *Cuentos*, de Editorial Eafit, que estuvo a cargo del también escritor antioqueño Juan Diego Mejía, tiene sin duda un par de excelentes cuentos pero varios que solo llegan a ser esbozos, más cercanos a la anécdota. Recordemos ahora la crítica que hacía Cortázar al decir que un cuento tenía que ir más allá de solo una pequeña anécdota. Para el argentino debía incluso existir alguna alianza entre escritor y tema, luego entre cuentos y lectores. A la luz de este planteamiento cortazariano, puedo decir que no hubo esa alianza al inicio entre Porras y ciertas temáticas, y que tampoco la hubo entre algunos de los cuentos de este libro y quien escribe estas líneas.

Porras comenzó su carrera literaria gracias al apoyo de Manuel Mejía Vallejo, quien descubrió en él a un “muchacho alto y callado que escribía cuentos, poemas y decía tener ánimos para meterse a hacer una novela” (p. 7). De su carrera literaria destacaron libros de cuentos como *Historias de la cárcel Bellavista* (1997), Premio Nacional de Cuento de Colcultura, y *Mujeres saltando la cerca* (2010), libro del cual se extraen un par de buenos cuentos que hacen parte de este volumen. Además, las novelas *Happy bir-*

thday, *Capo* (Planeta, 2008), *Adentro, una hiena* (Eafit, 2015), donde narra sin victimizarse, e incluso con sarcasmo, toda su experiencia con el cáncer, y *Lucky* (Angosta, 2019).

En este volumen hay cuentos cortos, como “Margarita” o “Ismael”, que encuentro faltos de contenido. No generan mayor entusiasmo en el lector, no logran construir ningún tipo de propuesta. Están ambos muy alejados de lo que menciona Ana María Matute en su gran texto “Los cuentos vagabundos”: “Ese cuento breve, lleno de sugerencias, dueño de un extraño poder que arrebató y pone alas hacia mundos donde no existen ni el suelo ni el cielo” (s. p.). Difícil es categorizarlos como historias que te pongan alas hacia otros universos.

Hay dos cuentos tan similares que el compilador pudo haber optado por escoger solo uno para esta antología, y en lugar del cuento descartado añadir otro —al menos desde el punto de vista temático, si el deseo era mostrar a un Porras como “un autor total que no ha esquivado ningún tema” (p. 8)—. Hacen parte del libro *Historias de la cárcel Bellavista* y son “El teléfono” y “El perdón”. Plantean en principio situaciones casi idénticas: un preso, una difícil historia de amor con una mujer y una madre como redentora de todos los males. Existe una sutil diferencia y es que, en “El teléfono”, al preso, Jeyson, le ofrecen veinte millones de pesos por matar a otro preso. Digamos que este es el ingrediente que hace de tensión en el cuento. Catalina es su novia, la persona por quien vive —aparte de su madre—. Con ese dinero Jeyson podrá comprar un televisor, un ventorrillo y varios camarotes para alquilar. Lo que hace fallido el cuento es crear la expectativa con el asesinato —elemento sustancial— para luego desviarse, perderse en la trama y terminar exaltando la importancia del amor de pareja. De hecho Porras en su narrativa, en general, exalta no solo el amor de pareja como salvación para la humanidad, sino el amor de madre.

El final de ambos cuentos es consecuente con este tipo de ideas, pero vistos desde otra óptica menos cándida, trivial e inocente, devienen historias simples, que no exploran en profundidad a sus personajes. Este tipo de finales los critica duramente Edwards en

su ensayo “Regreso al cuento”, cuando se refiere “a un final que puede estar abierto, que puede no tener sorpresa, pero donde el lenguaje siempre tiene algo de sorprendente” (p. 138). Porras en cambio acaso mostró lo evidente, lo que podría dejar satisfechos solo a quienes busquen historias para pasar el rato. Algo parecido también se vislumbra en “Bicicleta-dos”: una historia de amor más, una escena melindrosa al final, donde todos los presos aplauden al unísono mientras la pareja de turno se abraza y besa.

La escena final de “El perdón”, por ejemplo, resulta bastante sensiblera: “Julio se afana a su encuentro, la abraza y la besa. De un camarote salen Zarco y su amiga y empiezan a aplaudir. Luego se les juntan los de otros camarotes y otras celdas, con sus mujeres, y se forma un gran aplauso en torno de la sólida totalidad conformada por los dos enamorados que lloran felices” (p. 43).

En la narrativa de Porras se percibe, como anoté antes, que la figura de la madre es central y es la que vela por esos hijos llenos de miedos, que andan de cantina en cantina, temerosos, llevando relaciones conflictivas. Y que la vida en pareja puede robarle al hombre su esencia, pero para remediar todo el mal que le inflijan a ese hombre está su madre, quien acoge, respeta su vida. Tras esto puede haber efectivamente una propuesta, pero acaso bastante prejuiciosa.

Tanto en “Un amigo de papá” como en “Acto de amor” se ve tal vez al narrador más avezado y preciso. En el primero se narra la debacle de una familia —padre, madre e hijo— y cómo sobrellevan la vergüenza de que el padre sea alcohólico. Hay precisión en este cuento de Porras, un ambiente creado a base de pequeñas descripciones que dan vida a lo que podría llamarse una familia corriente.

En “Acto de amor” la pena y la desesperación son las protagonistas. Narra el cuento la historia de una pareja y un recién nacido en algún lugar de las selvas del Putumayo. Este cuento es portentoso no solo porque crea unos personajes llenos de dudas y dificultades, sino porque la selva, sus sonidos, los animales, el entorno salvaje, ya desde el inicio anuncian la tragedia. Se siente en este cuento cómo

una densa oscuridad va tomando cada resquicio de la historia. Muy al estilo de cuentos como “Es que somos muy pobres”, de Rulfo, donde el cuentista mexicano nos va llevando hacia un desenlace que no podrá ser otro que la pura infelicidad.

Gana en riqueza la narrativa de Porrás cuando ausculta el dolor y el sufrimiento. Y su escritura toma fuerza al anclarse en el realismo y desentrañar las carencias humanas, aunque no haya tenido la fortuna de crear muchos cuentos memorables tal vez por no haber esquivado ningún tema.

Finalmente, resalto tres cuentos más, que hacen parte del libro *Mujeres saltando la cerca*, de 2010: “Lavatorio”, “En la taberna” y “La cita”. No viene a cuento mencionar sus argumentos; mejor será anunciar que fue interesante la preocupación de Porrás por plantear desde hace ya diez años la emancipación de la mujer. En el primero denuncia el acoso sexual en el trabajo, cuestión —la crítica social— que me parece encomiable que sea tratada por la literatura. Muestran estos relatos algunas de sus preocupaciones más llamativas como escritor: mujeres que intentan escapar de la monotonía de sus vidas, buscando formas distintas de vivir, aventurándose a encontrar aquello que las colme, lejos de esposos que no cumplieron sus expectativas; mujeres que se plantean viajar, estudiar lo que les dé la gana, abandonar esposos, hijos, trabajo estable, buscarse en otros ámbitos, en otras latitudes.

Si alguien se acerca por primera vez a la narrativa de José Libardo Porrás, no está de más leer *Cuentos*, esta compilación hecha por Editorial Eafit. Pero si quieren descubrir a un narrador más sólido aconsejaría ir directamente a *Mujeres saltando la cerca*, libro en el cual están las historias de mayor valor estético.

José Ignacio Escobar